

su especial culpabilidad, y, por otra parte, el que apunta a la cabeza, aniquila; el que apunta al talón no puede hacer otra cosa que herir. Teniendo en cuenta la intención manifiesta del Creador, la *Vulgata* ha podido traducir en el primer miembro de frase «quebrantar», y en el segundo «tender emboscadas».

Hay, por tanto, una cosa clara: Satán, ¿será derrotado?

Pero el vencedor, ¿quién será? A juzgar por la estructura del oráculo y por las leyes del paralelismo, que en él domina, parece evidente que el vencedor ha de ser una persona, no una colectividad. Vemos al principio, una frente a otra, dos personalidades: Satán y la mujer; después son dos grupos los que se enfrentan: el género humano y el mundo demoníaco; y al fin, frente a Satán, surge otra vez una persona, descendiente de la mujer, antagonista de la serpiente que está designado en el texto hebreo por un pronombre demostrativo masculino: esta, mal traducido en la *Vulgata* por el pronombre demostrativo femenino: esta. Se refiere, evidentemente, no a la mujer, sino a la prole, al linaje de la mujer. Y viene luego un verbo en singular: apuntará. Todo, pues, nos lleva a la interpretación individualista, sugerida ya por el paralelismo de la frase. Y según esto, ateniéndonos a las leyes estrictas de la exégesis histórico-crítica, podemos ver en este pasaje las siguientes afirmaciones: 1.^a Eva, gracias a la intervención divina, se convertirá de aliada en enemiga del demonio; y participará en el castigo de su engañador, pero no será ella, personalmente, quien alcanzará la victoria definitiva. 2.^a La hostilidad pasará de Eva a su descendencia; el odio con respecto a los poderes diabólicos se propagará de la madre a los hijos, y el Dios mismo quien mantiene la guerra; pues, si Satán había trabajado para la ruina de la Humanidad, Dios interviene sus-

citando enemistades, para preparar la derrota del demonio y de sus cómplices. 3.^a Finalmente, el linaje de la mujer alcanzará la victoria. ¿Cuándo? ¿En qué forma? ¿Quién será el vencedor del dragón antiguo? El texto del oráculo no lo dice claramente, aunque deja entrever que ese linaje será una personalidad humana.

Afortunadamente, tenemos otros medios para penetrar el sentido completo del Protoevangelio. Tenemos, en primer lugar, los comentarios posteriores, que aquí son, en parte, comentarios refrendados por la autoridad divina, y, en segundo lugar, la realización misma del oráculo. Una profecía enunciada en términos vagos y oscuros se ilumina al cumplirse lo que en ella se anuncia; y, por otra parte, Dios, autor de la Escritura, explica, con frecuencia, amplía, completa sus propias palabras y con nuevos oráculos nos pone en camino de la verdadera interpretación. De esta manera llegamos a una exégesis, que pudiéramos llamar teológica, y que viene a enriquecer la exégesis histórico-filológica.

Pues bien, gracias a estas explicaciones, que tienen todo el peso de una autoridad revelada, sabemos con toda certidumbre que quien alcanzó la victoria, quien vengó la derrota del paraíso fué «un hijo de la mujer». Es la expresión del Apóstol en la epístola a los Gálatas (IV, 4). Efectivamente, la misión de Jesucristo, viva antítesis del demonio, consistió esencialmente en arrojar a Satán fuera del dominio que había usurpado. Así lo dice el Evangelio de San Juan (XIV, 30), el cual añade en una de sus Epístolas: «Para esto vino el Hijo de Dios: para destruir las obras del diablo» (I, III, 8). Fué un duelo a muerte entre Cristo y el enemigo secular del género humano, un duelo que terminó con el hundimiento del poderío infernal. El mismo Redentor decía en la vigilia de su muerte: «Ahora el príncipe de este mundo va a ser arrojado